



Al pie de la letra

Un rayo de luz atraviesa la ventana de la sala y acaricia la blanquecina piel de Ana que se encuentra totalmente sumergida en las palabras del libro que tiene entre las manos. Leer la relaja, y durante esos minutos de lectura su mente nada en un gran oasis de paz. Olvida la rutina del centro psiquiátrico y se siente libre de los prejuicios que la rodean desde que comenzó a sufrir su enfermedad.

Pasa la página y comienza un nuevo cuento:

*Cuántas veces he oído eso de: ¿por qué sigues todo **al pie de la letra**? Y siempre me quedo pensando lo mismo: ¿acaso creen que llevo un alfabeto tatuado en los pies?*

*Desde primera hora de la mañana oigo cosas extrañas. Mis compañeras en las duchas suelen decir que hace un **frío que pela** y que deberían dejarles más tiempo el grifo de agua caliente abierto, porque sino un día corren el peligro de **convertirse en cubitos de hielo**. Yo hago como que no escucho sus palabras, ya que imaginarlas en carne viva, y con forma cuadrada a menos 30 grados me produce entre risa y asco.*

*Después de la ducha que supuestamente tiene un poder transformador, vamos al comedor y allí es peor que en el baño. Las enfermeras se quejan del vocerío que hay desde hora tan temprana y murmuran entre ellas que algunas de las internas **hablan por los codos**. Imagínate que en lugar de una boca tuviéramos dos: una en cada articulación de los brazos. ¡Podríamos hablar en estéreo!*

*Y cómo no, cada día al entrar al taller la psicóloga nos recibe con un: **¿qué tal andáis?** A mí al principio este peculiar saludo me creaba mucha preocupación ya que pensaba que podía tener algún moratón o herida en las piernas, y que no me hubiera dado cuenta de ello. Pasados varios días asumí que esa pregunta debía ser parte del protocolo de actuación diario. No le volví a prestar atención.*

*Hoy en la comida las chicas con las que he compartido mesa han empezado a hablar de uno de los nuevos internos: una ha dicho que **estaba como un tren**, y la otra ha contestado que **estaba de pan y moja**. Al oírles les he preguntado que a ver qué pasa con Aitor, así es como se llama él, porque a mí me parece que es un chico muy atractivo y encantador. Su respuesta no ha podido dejarme más extrañada.*



—Que está cañón, Alicia.

Preocupada y sin querer saber más sobre lo que opinan de Aitor, he salido del comedor y he ido a la consulta del Doctor Alvar. Durante dos horas converso con alguien que habla coherentemente sin decir estupideces y tonterías. Todavía no he charlado con Aitor, pero espero que se parezca al Doctor y hable con sentido.

A la noche apenas ceno. Tengo la cabeza saturada con excéntricas imágenes de lo que escucho a los demás decir, y tanto locura me deja agotada.

Hoy espero poder dormir bien.

Ana cierra la recopilación de cuentos que tanto le gusta y se levanta del sillón. Mientras lee, respira sin ansiedad, está tranquila y no piensa en arrancarse el pelo como le pasa a todas horas. Además, esa recopilación que publicó el centro el año pasado es su libro favorito: le hace sentirse como una persona normal, sin ser el bicho raro que sufre tricotilomanía.

—Voy a ir ya para la terapia que ayer llegué tarde y no me castigaron por los pelos— se dijo con una media sonrisa.

A pesar del diagnóstico de su enfermedad, Ana nunca ha perdido el sentido del humor y le encanta **tomar el pelo** a todo el mundo.